

Travesía para educar un Reino

Relatos de la comuna uno de Medellín

León Felipe Alzate

SOCIÓLOGO
CORPORACIÓN
SURGIR

Resumen

El presente texto pretende dar a conocer la voz de los docentes de la Institución educativa Reino de Bélgica de la comuna uno de Medellín. Recoge las opiniones de un grupo de 12 educadores que desarrolla su labor docente en un contexto marcado por la vulnerabilidad, y recrea el resultado obtenido en una de las sesenta atenciones psicosociales, realizadas con la metodología de taller reflexivo, del proyecto de cooperación "En- Clave de Vida: Un aporte al desarrollo humano y social en barrios vulnerables de Medellín/Colombia 2007-2008".¹

Abstract

The following text is to let you know the opinion of the teachers from the Reino de Bélgica Educational Institution in Medellín's commune number one. It collects the opinions of a group of twelve teachers that perform their educational work in a vulnerable environment, and illustrates the obtained results in one of the sixty psycho-social interventions done with the reflexive workshop technique learned from the cooperation project "En- Clave de Vida: Un aporte al desarrollo humano y social en barrios vulnerables de Medellín/Colombia.2007-2008"

¹ La Corporación SURGIR viene implementando dicho proyecto desde el año 2006 a través de la ONG Edex. Durante el año 2007 y 2008 contó con la financiación de la Diputación de Bizkaia. Con este proyecto se logró beneficiar a una población estimada de 27.050 habitantes de la zona: 14000 niñas y niños, 8.000 jóvenes, 570 docentes como mediadores sociales, 180 mujeres encargadas de 36 restaurantes escolares, 900 mujeres y 900 niñas y niños en atención psicosocial, 2.500 padres y madres de familia.

Se realizaron acciones formativas y de acompañamiento con un enfoque de desarrollo humano y prevención integral, en el marco de las estrategias de educación para la salud y escuelas saludables, a partir de dos componentes: "Habilidades sociales para la convivencia y prevención del uso indebido de sustancias psicoactivas" y "Campaña Educativa sobre estilos de vida saludables", con estrategias articuladas multisectorialmente a las líneas del plan de desarrollo 2004 – 2007 "Medellín un Compromiso de Todos".

Basta con pasar la avenida oriental y esperar unos pocos minutos para que hiciese su aparición uno de los dragones de latas modelo ochenta que hacen parte de la flota Coopetransa. A mano izquierda del volante del conductor se ve claramente escrito, con letras rojas, un número casi místico: el 060, y como augurando un camino de aventuras, el nombre “Carpinelo Amapolita”. Tras unos breves momentos de suspenso se rompe el silencio: -¿Pasás por el Reino de Bélgica?- pregunto a un hombre de tez oscura, ojos lánguidos y la barba de dos días. Sin dejar de mirar hacia el frente el hombre responde con un sonido casi gutural emanado de entre sus dientes – claro, yo te aviso-.

Pasados unos cuarenta y cinco minutos de camino, en medio de una balumba de arterias de cemento en las que caben acostadas una al lado de las otras cuando mucho diez personas, y después de repuntar la colina oriental de la ciudad, escucho la voz del conductor del bus decir – El del Reino de Bélgica-

Acto seguido, me bajo del automotor.

La institución Reino de Bélgica se encuentra ubicada en el costado oriental de una avenida de cuatro esquinas. Frente a ella se ve humeante, lejana y distante, el resto de la ciudad y alrededor de ella, monumental e intimidante un batallón del ejército que otrora fuera una escuela y cuyas garitas han tomado parte de la avenida principal. En cada esquina se ve la presencia de comerciantes que saturan sus viviendas con abarrotes, granos y enseres domésticos, además, cuelgan de sus ventanas bacinillas, peroles, parrillas para azar arepas y utensilios de plástico.

La cima de la montaña se encuentra a pocos pasos y está acompañada por improvisadas ramificaciones de madera y latas donde suelen ocultarse de la lluvia y el frío aquellas personas que por razones ajenas a su voluntad o con la esperanza de ver realizados sus sueños capitales, migraron del campo Antioqueño y remontaron, con mochila en mano, el ya transitado camino hacia la ciudad. Al verlos de pies, al lado de sus casas, se refleja en el brillo de sus ojos la nostalgia por la tierra de los tiempos juveniles, aquella que guarda el recuerdo del fresco olor del heno y el prado verde acariciado por el rocío de la mañana.

Después de dar unos pasos en dirección al colegio tropiezo con una de las principales calles colindantes del mismo. Casualmente la encuentro visitada por la alegría infantil de un sin número de niños y niñas que corren de un lugar a otro, todos ellos uniformados. Suena un silbo agudo producido por un timbre y como un torbellino los niños y las niñas atraviesan las rejas que le sirven de puerta a la institución, corren por un corredor de un metro y medio de ancho y se esconden en sus respectivos salones de clase.

Los salones de clase están inundados por un número no inferior a cuarenta sillas metálicas de las que se desprende un brazo metálico que sostiene un trozo circular de madera sobre los cuales se suele escribir y donde usualmente los niños plasman sus obras más nobles. De los cuatro salones de la institución dos de ellos no permiten el libre correr del viento, se hallan escondidos de su caricia en el costado sur, de cara a un pasadizo oscuro que nos recuerda los tenebrosos

círculos descritos en la Divina Comedia. Que decir de la luz del sol que pocas veces suele presentarse en estos salones para matizar las caras infantiles que con gran inocencia descubren el mundo que nuestra cultura premia.

En estas condiciones desarrollan su labor docente, Juan Manuel Flórez, un joven de 33 años, 1.60 de estatura, de temple aventurero, de mente aguda y finas palabras, quien tomó las riendas de la docencia en espera de una beca para estudiar lenguas extranjeras en una prestigiosa Universidad de Barcelona España, -de esto han pasado ya 15 años, y en sus ojos saltones y mirada esquiva se esconde la esperanza de recibir la cándida respuesta a su llamado-; Doña Eucalis Mosquera, una mujer robusta, de caderas monumentales y apretadas, cuya sonrisa de poesía pocas veces se oculta tras sus templados labios tropicales tensados por el intenso brillo del sol que Quibdo, su tierra natal, tierra que abandonó cuando decidió aventurarse a estudiar para ser docente cuando solo tenía 16 años; Gladis Patiño, una preciosa mulata de cuarenta años que, a cada paso de sus piernas de pedernal exhala el místico swing que acompaña los cantos de trabajo de remotas plantaciones de tabaco, mientras sus finas montañas, danzan juveniles al son de sus pezones infantiles. De cuyos poros emanan el fulgor de su pasión por enseñar, al son de sus palabras cuando recorren como un canto profético los rincones del cuarto donde enseña preescolar; Sofía Henao, que a pesar de sus cincuenta y cinco años guarda la frescura en su piel de las doncellas que se acicalaban para presentarse ante las cortes reales del Rey Salomón, de ojos negros y profundos como las cálidas aguas de las riveras de Buenaventura en el pacífico Colombiano, y unos finos labios que contadas veces dejan salir la pocas y sabias palabras que obsequia la sabiduría a aquellos que guardan en su recuerdo gran parte de los días vividos; y finalmente, Delia Asprilla, una joven de 25 años, nacida en Medellín, pero de padres Chocoanos, en cuya mirada indómita se dibuja la fiereza de su raza, dando cuenta de un carácter brioso y contestatario propio de los años juveniles.

Después de un cortés saludo de don Manuel, el portero, indago por los docentes que hacen parte de la atención psicosocial. Uno a uno van llegando, en medio de charlas, risas, chistes y algarabía. No falta, claro está, aquel o aquella que se acerque al espacio refunfuñando entre dientes a causa de un mal recibido, el agudo recuerdo de las actividades pendientes o el estrés de tener que presenciar durante ocho horas diarias un concierto de vocecitas agudas y ágiles malabaristas que entre saña y saña le dicen profesor, profesor, fulanito me está molestando.

Sentados tranquilamente alrededor de una mesa redonda de madera, ubicada en medio de la sala de computadores, se da inicio al taller reflexivo sobre el ser y el quehacer docente. El hecho de conocer de antemano que dicho espacio estaría dedicado a hablar sobre ellos y las cosas que les inquietan, dibujó en el ambiente y en el semblante de los docentes un destello de armonía asociada seguramente al esplendor que uno siente cuando se le pide una opinión y se le escucha solemnemente hasta terminar de expresar la misma.

La libertad de expresión obsequiada redundó en una magnífica faena de aportes. Para nombrar cada uno de estos aportes bastaría todo un libro, quizás varios tomos del mismo, sin embargo, tengo el privilegio de enunciar, de forma detallada y breve algunos de los comentarios expresados durante este encuentro.

Como un tizón encendido, despedido fugazmente de una hoguera, surgieron en la mesa las primeras opiniones. El tema: las pautas con las que las familias educan a los niños y niñas.

Durante esta discusión los docentes manifestaron una gran preocupación por las estrategias que suelen emplear los padres para corregir cada uno de sus hijos, entre ellas, el ejercicio de la autoridad por medio del maltrato físico, los regaños descalificantes y particularmente una tendencia a remitir a centros de reclusión de menores o internados a aquellos hijos o hijas que consideran que se les están saliendo de las manos. En opinión de los docentes, estos padres y madres guardan la esperanza de ver a sus hijos e hijas hechos hombres y mujeres de bien, una vez hayan adquirido los hábitos adecuados para vivir en sociedad. Esperan tener este resultado delegando la educación de estos hijos e hijas a este tipo de instituciones.

Después de escuchar el anterior relato experimenté de golpe como me visitaba súbitamente un vago recuerdo de mi infancia.

Cuando era niño solía escuchar las mamás de algunos de mis mejores amigos hablar de internarlos, madres jóvenes en su mayoría que sin percatarse se encontraron frente al producto de sus amores juveniles y terminaron acariciando entre sus brazos un nuevo ser. Si bien las criaturas las conmovían por su belleza e indefensión, el sentimiento de estupor que las embargaba edificaba una distancia que ni las líneas del tiempo borrarían cuando sus hijos se hicieron hombres.

Las amenazas con el internado acontecían cada vez que ellas perdían un empleo, les daban malos informes sobre ellos en el colegio o cuando simplemente querían atemorizarlos por causa de una indisciplina infantil. Cuando de la voz trémula de estas madres, producida por el aturdimiento de los años 80, emanaba la palabra internado, se arrugaba de extremo a extremo las finas fibras de los pequeños corazones de sus hijos. La sensación de sentirse abandonados los obligaba a abrazar con fuerza la pierna que en otro tiempo de su vida fuera el lugar seguro, lugar de donde una vez salieron con el firme deseo de algún día regresar.

Después de unos minutos de obnubilación comienzo a darme cuenta como la voz de los docentes atraviesa claramente cada uno de mis oídos sin dejar la menor huella en mi recuerdo. Detengo mis pensamientos y retomo la discusión sobre la relación entre los padres y los maestros.

Seguidamente los docentes expresan su opinión sobre el compromiso de los padres, madres y adultos significativos con la educación de sus estudiantes.

Al parecer la relación de los docentes y los padres de familia se desarrolla entre manifiestas tensiones y la búsqueda de responsables y culpables. Para los unos las instituciones educativas deben responder al cuidado y educación de los niños y niñas, mientras que para los docentes es de vital importancia el acompañamiento de los padres debido a su rol educativo y al número de niños y niñas con los que trabajan. Los padres, madres y cuidadores suelen disponer de poco tiempo para desarrollar acciones de acompañamiento, asunto que incrementa la participación de los docentes en la crianza de los niños y niñas, propiciando enormes frustraciones en ambas direcciones.

Como si fuera poco con tener que participar en la crianza de sus estudiantes, los docentes expresan la carga emocional y ética que les representa el hecho de evaluar a sus estudiantes. Afirman que, si algunos de sus estudiantes reprueban una evaluación, seguramente se desencadenará una serie de acontecimientos traumáticos en el seno de las familias de estos, que desembocará en múltiples tratos degradantes, acompañados de maltrato físico o verbal de sus padres, madres o sus cuidadores.

Como se puede ver, ser docente en este contexto social es más que un acto vocacional. Si bien el sistema educativo les demanda resultados, no por eso hay que olvidar que es este grupo de personas están parados en la punta del iceberg que esconde bajo la superficie todas las reformas estructurales que los Colombianos nos hemos negado a realizar y que se manifiestan directamente en las instituciones educativas.

Son las instituciones educativas los escenarios de confluencia de gran parte de las manifestaciones sociales que estructuran la forma de vida de las personas que habitan las viviendas circundantes. En el Reino de Bélgica, como en gran parte de las instituciones públicas de nuestra ciudad, la presencia de grupos de armados, población desplazada, prostitución infantil, poca oferta de trabajo, lejanía con los centros de comercio y de las oportunidades, desnutrición, y la pobreza estructural, se pasean a diario por los pasillos de las instituciones, sumando menesteres a la agenda escolar que abordan diariamente cada uno de los docentes.

Al parecer, la práctica de supervivencia que hace parte de éstas zonas de la ciudad alcanza directamente a los docentes. Al respecto los docentes del Reino de Bélgica expresan desalentados que su trabajo consiste en enseñar en lo posible solo las materias, ayudar aquellos niños y niñas que por fortuna alcancen algún beneficio y no meterse mucho en los asuntos del barrio, no sea que se halle uno presa de las amenazas de los grupos al margen de la ley y termine muerto sin cambiar nada y como dice Ricardo Arjona queden olvidados en algún cementerio, equipaje de sus ideales.

Solo al escuchar la voz cansada de estos docentes, gente que aún está en el esplendor de la vida, uno logra darse cuenta de sus continuas desilusiones, la frustración que ocasiona el verse frente al tamaño de los problemas de estos barrios, la gravedad de los mismos y la posible impotencia de querer hacer algo y no saber por donde comenzar.

En sus memorias, expuestas a través del crisol de sus palabras, se reflejan claramente los rostros de los niños y niñas que una vez pasaron por la institución y hoy hacen parte de los anaqueles de algún cementerio, o de aquellos que sobreviven ocultándose en las esquinas cubriendo sus rostros con unas ingenuas capuchas que no alcanzan a ocultar su voz infantil. Y quizás el dolor más fuerte que tienen que recordar, y que al hablar hace catarsis, es la imagen que evoca la tierna mirada de sus estudiantes, aún núbiles, al transformarse en rostros cargados de experiencia y desencanto. Les duelen sus rostros al saber que algunas de sus estudiantes no alcanzarán los 10 años cuando podrán ser llevadas cautivas a la vida adulta por medio de la compra de sus primeras caricias infantiles.

Pasados unos minutos de silencio, un jocosos comentario rompe de tajo la reflexión, aparece en la mesa una mujer enjuta, de un metro con cincuenta, vestida de traje azul, con bordados en las solapas y el cuello que cubre su vientre juvenil con un delantal blanco. ¿Quiénes quieren un cafecito? –Dice ocultando sus ojos con sus cabellos, mientras mira hacia el suelo, no sin antes dejar ver una pícara sonrisa- En seguida, todos asentimos con el ofrecimiento.

Mientras degustamos placidamente el café, nos dimos a la tarea de conversar sobre los principales problemas de nuestra ciudad con respecto a la educación. En esos momentos recordé que el Ex Alcalde Sergio Fajardo en sus audiencias públicas solía decir que uno de los principales problemas de la ciudad de Medellín era la desigualdad social. Frecuentemente hacía mención del tipo de educación que recibía su hija desde su primera infancia, en comparación con la hija de su empleada doméstica, y afirmaba que en esa educación radicaba el inicio de la desigualdad. Para él, al igual que para mí, la educación es la llave que nos conduce al desarrollo. Los docentes en su gran mayoría coincidieron con la misma opinión. Ellos suelen afligirse, culparse y preocuparse cuando ven estudiantes de grados superiores a segundo de primaria que no han alcanzado a distinguir las letras del abecedario que les permitirá descifrar los mensajes ocultos en las palabras que hacen posible el lenguaje escrito.

Uno de los principales interrogantes que ronda diariamente la agitada mente de estos maestros, relacionado con este tema, es el posible interés que tienen los niños y niñas en ir a la escuela. Para ellos, la motivación de muchos de los padres es clara, están interesados en “guardar” sus hijos e hijas en las instituciones educativas con el fin de garantizarles su cuidado, mientras que ellos se dedican a trabajar para satisfacer las necesidades básicas de sus familias. En el caso de los niños y niñas, las motivaciones no son tan inteligibles, suelen ser de distinto orden y difícilmente generalizables. Comentan anecdóticamente, que no falta el estudiante que se ausenta de clase y se le ve merodeando por la escuela en vísperas de recibir una porción de alimentos. Como quien dice, estudiar es cuestión de Hambre y no de derecho. Según dicen, una de las razones por la que muchos estudiantes asisten a la escuela es para saciar un poco el hambre que produce la faena de cada día por medio del refrigerio que les brinda la Alcaldía.

Prendidos los motores de la criticidad, el grupo da un giro a la discusión y comienzan a hablar sobre las posibles consecuencias del subsidio de familias en Acción de la Presidencia de la República. Al parecer, porque el taller coincidió

con la entrega de los dineros que hacen parte de este plan, algunos de ellos afirman que estas medidas fomentan la desigualdad, la pobreza y promueven la cultura de la indigencia. Comentan que estrategias de este tipo no construyen ciudadanía, al contrario avivan el impulso de las comunidades para construir relaciones de dependencia con el Estado, típicas de las tiranías y de algunos Estados benefactores. Además, afirman que estas decisiones políticas hacen que las familias deseen tener más hijos a fin de recibir más subsidios económicos. Dichos subsidios se les entrega a los padres de acuerdo con el número de niños y niñas que conformen su núcleo familiar. Según dicen los docentes, como el subsidio consiste en una cantidad determinada de dinero por niño, muchos de estos padres los destinan para suplir algunas de sus adicciones y no para garantizar el derecho a una buena educación y nutrición de sus hijos.

En medio de la fluida conversación, me tomo un momento para levantar mi brazo izquierdo, y mientras mi camisa expone parte de mi muñeca, se deja ver medianamente las manecillas de mi reloj que esta marcando la una y treinta de la tarde. –Caramba me cogió la tarde- hemos hablado durante más de dos horas.

Hecho el comentario los miro fijamente a los ojos, y las risas escapan llenando de gratitud el escenario, mientras realizo brevemente las devoluciones del mismo, no sin antes agradecerles por permitirme disfrutar de tan grato encuentro.

Los docentes, se levantan de la mesa, salen del auditorio, y me quedo solo. Recojo los marcadores, las hojas de papel kraft, las listas de asistencia y los guardo rápidamente en mi maletín. Minutos más tarde me encuentro en la puerta de la institución y luego de despedirme de don Manuel, escucho la voz de uno de los docentes decir: Profe, muchas gracias.





